# COLABORACIONES DE ANTONIO MACHADO EN LA PRENSA DE BAEZA

La presencia y andadura de Antonio Machado en tierras jaeneras ocupa una muy hermosa bibliografía. Muchos y completos estudios[1] nos lo han traído en reencuentro, como testimonio de presencia desde su estancia como profesor de francés en Baeza: tan definitiva en su obra, reposo para el dolor y el estudio.

---

[1] Apuntamos una serie de libros y estudios sobre el tema, a los que remitimos al lector interesado. Catálogo, desde luego no exhaustivo, en el que referenciamos los trabajos de más fácil localización y a los que hemos tenido acceso directo, o la más amplia de las referencias:


ALBORNOZ, A de, «El paisaje andaluz en la poesía de A M.», en *La Torre,* núms. 45-46. Puerto Rico.

– «El paisaje andaluz en la poesía de A. M.», en *Caracola,* núms. 84-87. Málaga.

APARICIO, J., «Baeza en las letras» (según fichas de Pedro Ortiz Armengol), en *La Estafeta Literaria*, núm. 344, Madrid, 21-V-1966.

CHAMORRO LOZANO, J., «A. M. en la provincia de Jaén», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses,* Jaén, 1958.

– «Los Machado y el Guadalquivir», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses,* núm. 26, Jaén.

CHAVES, J. C., «A. M. en Baeza», *La Nación,* Buenos Aires, 24-XII-1966.

– *Itinerario de don A. M,* Editora Nacional. Madrid, 1968.

ESCOLANO, F. «A M. en Baeza», en El *Español,* Madrid, 14-XI-1942.

LAÍNEZ ALCALÁ. R., «El maestro de poetas don A M.», en *Don Lope de Sosa,* núm. 78, Jaén, VI-1919.

– «Recuerdo de A M. en Baeza», en *Streane,* Salamanca, 1962.

LAPUERTA. F. y NAVARRETE. A, «Baeza y Machado». *Colección Siglo Ilustrado,* Madrid, 1969.

LAPUERTA, F, «La Sierra de Quesada y la Duquesa de Benamejí», en *Feria y Fiestas de Quesada,* Quesada. 1974.

MAC VAN, A., «A M.», en *The Hispanic Society of América,* Nueva York, 1959.

No obstante esa abultada bibliografía, no acertábamos a comprender cómo su pluma quedaba ausente de las publicaciones –al menos, las más liberales– baezanas o de la Capital.

Cierto, que sus escritos en periódicos no son muy abundantes, por lo que conocemos, y que las más repetidas de sus colaboraciones sean en los grandes diarios de la época como *El Sol, El Imparcial* o *La Vanguardia;* mas, y no obstante, o, precisamente, en su afán de educador popular, no dejó de escribir en la pequeña e íntima prensa de provincias o pueblos en los que ejerciera su magisterio, incluso aún no residiendo en ellas, así, las de *La Voz de Soria, La Prensa de Soria, El Porvenir Castellano* o *El Heraldo Segoviano*. Por ello, nos resultaba chocante en extremo, que en sus siete años de estancia en el «nido real de gavilanes» (1912-1919), no publicase escrito alguno en la prensa foránea, lo que daba una visión más redoblada de su imagen aislada, no ausente –qué interesantes sus cartas a Unamuno y Juan Ramón del pueblo o en su soledad. ¿Cómo podía no interesarle en absoluto la ciudad con la que estaba, no obstante los distanciamientos que denunciara?

La amorosa capacidad investigadora de Aurora de Albornoz, incluía en la hasta ahora más amplia recopilación de escritos del poeta sevillano[2], un texto

---

VARIOS, «A la memoria de A. M.», en *Cuadernos Hispanoamericanos,* núms. 11-12, Madrid. 11-12-1949.

MANRIQUE DE LARA, J. G., «A. M.» *Grandes escritores contemporáneos,* Unión Editorial, Madrid, 1968.

MOSTAZA, B., «El paisaje en la poesía de A. M.», en *Cuadernos Hispanoamericanos,* núms. 11-12. Madrid, 11-12-1959.

OROZCO DIAZ, M., «Recuerdo de A. M. en Baeza», en *Caracola,* núms. 84-87, Málaga.

PASQUAU, J., «A. M. en Baeza», en *ABC*, 17-IV-1959.

PÉREZ FERRERO, M., *Vida de* A. *M y Manuel,* Espasa Calpe, S. A., Colección Austral, Buenos Aires, 1952.

PINEDA NOVO, D., «A M. exégeta del Guadalquivir», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses,* núm. 66, marzo 1974.

RODRIGIJEZ-AGUILERA, C., *A. M en Baeza,* A. P. editor. Barcelona, 1967.

TUÑON DE LARA, M., *A. M,* Pierre Seghers, Editeur, Paris, 1960.

– *A. M poeta del pueblo*. Editorial Nova Terra.

[2] ALBORNOZ. A. de, *A. M Obras. Poesía y prosa*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1964.

editado en Baeza en mil novecientos quince y en el semanario *Idea Nueva*[3], y *que* después, su autor lo reproduciría en el número 664 del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Asimismo, la propia Aurora de Albornoz, en una interesantísima publicación posterior[4] *Antonio Machado. Antología de su prosa,* daba noticia de otro texto de Antonio Machado, que, a nuestro juicio, somos los primeros en reeditarle, y que ella no incluye en su edición por considerarlo como otros, «que no aportaban nada esencial a la prosa, o a las ideas de Machado, o cuando se trataba de escritos de circunstancias, sin trascendencia alguna –como–... el breve artículo de ocasión, sobre la prensa titulado: «Para el primer aniversario de *Idea Nueva*».

Mas, si bien a todas luces nos parece solicitado, y sin entrar en discusión con el magisterio machadiano de A. de Albornoz, no lo creemos tan ocasional el referido escrito[5]; como tampoco nos parece tan ausente A. Machado de las publicaciones baezanas, ya que, los dos artículos que reproducimos a continuación, nacieron impresos de *La Salamanca Andaluza,* respectivamente, el once y el veintitrés de febrero del referido año de mil novecientos quince: fechas tan próximas, para no poder afirmar tajantemente la ocasionalidad de los mismos, aunque no se nos oculta en ambos la raíz de su escritura. Y, a pesar de todo ello, y el concepto que de los liberales de la ciudad tenía, preferimos pensar, por ciertos indicios aún no publicables, una mayor presencia machadiana en la prensa de Baeza. No obstante, y como anécdota, consignemos que la Imprenta Alhambra estaba ubicada en la calle donde residía el poeta y a un paso de su casa: Prado de la Cárcel. Aunque, en conclusión, la realidad nos la digan nuevas colaboraciones

---

[3] Semanario reformista, cuyo primer número aparece en 11 de febrero de 1914, y el último que conocemos, el 102, es de febrero de 1916. Comenzó a editarse en la linarense imprenta San José y, posteriormente, hasta su desaparición, en la imprenta Alhambra de Baeza. Su precio era en Baeza de 0,50 ptas. y de 2 ptas. fuera al mes. Figura desde su fundación como administrador gerente don Joaquín Ruiz Rus; aunque, en realidad su director y propietario era don José Cejudo Vargas.

El Semanario constaba de cuatro páginas de 45 × 33 cm. en papel normal de edición, a excepción del número extraordinario tirado en 16 páginas de 33 × 22 y en papel cuché.

[4] Editorial Cuadernos para el Diálogo, Madrid.

[5] Agradecemos a don Agustín Saiz el trabajo que nos prestara de búsqueda, en el archivo de Baeza de las Srtas. Garzón Cejudo.

descubiertas en nuestra prensa, lo que, ciertamente, es improbable dado la dolorísima casi total desaparición de ellas.

En el primero de los dos artículos que reproducimos, nos aparece lineal y sencillo en todo su pensamiento el autor de *Soledades:* directo, claro y sentido, con testimonio de ciudad. En el segundo, muy conocido, y uno de sus más bellos textos en prosa, aparece todo el dolor y el amor del discípulo ante la muerte del maestro. Recordemos, asimismo, su poema fechado en Baeza con motivo de tan aguda noticia: «Elogios», tan acertadamente lo rotula, en vez de llamarle elegía, firmado el veintiuno de febrero: de seguro, escrito de un tirón el mismo día que diera la prosa a la imprenta de Baeza. Recordemos el latir primero del verso:

*Como se fue el maestro,*
*la luz de esta mañana*
*me dijo: van tres días*
*que mi hermano Francisco no trabaja.*
*¿Murió?... Sólo sabemos*
*que se nos fue por una senda clara,*
*diciéndonos: Hacedme*
*un duelo de labores y esperanzas.*
*Sed buenos y no más...*

Queden, en definitiva, estos textos de A. Machado en Jaén, como testimonio de su centenario.

## I

## PARA EL PRIMER ANIVERSARIO DE *IDEA NUEVA*

«El aniversario de la fundación de un periódico, debe celebrarse por cuantos sientan amor a la letra impresa. Bien hacen ustedes, señores redactores de *Idea Nueva,* en consagrar un número extraordinario al fausto día en que cumple un año esa publicación. Sí, la aparición de un periódico en una pequeña ciudad que carecía de prensa propia, es acontecimiento de mucha más transcendencia que la visita de un personaje o la fiesta onomástica de un cacique.

Desde hace algunos años, se acostumbra en España a hablar mal de la prensa. Yo no me he sumado nunca a los maldicentes. Estoy plenamente convencido de que, en nuestra patria, es el periódico el único órgano serio de cultura popular. La prensa contribuye a crear la vida ciudadana, es un espejo, acaso el más fiel, de la conciencia colectiva. Sin la Prensa, dada la constitución de las modernas sociedades, nuestra vida languidecería en un *privatismo* torpe, inmoral, egoísta. La ignorancia de cuanto atañe al interés de todos, consecuencia inmediata de la falta de Prensa, disolvería pronto las naciones en cábilas, las ciudades en tribus. Sólo los partidarios más o menos conscientes, más o menos embozados, de un retroceso a la barbarie pueden ser enemigos del periódico.

En los pueblos donde más abundan los centros de enseñanza, las bibliotecas públicas y circulantes, donde los libros se venden por millares, es decir, en aquellos pueblos donde el periódico, la hoja diaria y volante cumple una misión secundaría desde el punto de vista cultural, es, no obstante, amado y respetado el periódico. En nuestra España donde nadie lee un libro, donde las Instituciones docentes distan mucho de ser focos de potente irradiación espiritual, no faltan malsines de la prensa periódica, gentes que reciban toda nueva publicación de esta índole como a huesped inoportuno, como a intruso fisgoneador que viene a fiscalizar, a molestar, a sacar, tal vez, a la luz de la calle, los trapos sucios de la casa. Ni falta quien invoque la alta cultura, la instrucción superior, para desdeñar la modesta labor del periodista. Es ésta una forma vanidosa que adoptan los espíritus beocios para disfrazar su odio a la letra de molde. Los hombres consagrados a los estudios más hondos y a las más graves disciplinas del saber son, por lo regular, grandes lectores de periódicos, no desdeñan la hoja volante que recoge la palpitación del día. Pero abundan los fariseos de la cultura que se jactan de no leer periódicos, dándonos a entender que, consagrados a la ciencia, no tienen lugar para lecturas superfluas. Desconfiad de ellos; suelen ser hombres a quienes estorba lo negro. El peor de los analfabetismos, no es ciertamente, el del siervo de la gleba, encorvado sobre el terruño de sol a sol para ganar el sustento: hay un analfabetismo con birrete y borlas de doctor infinitamente más lamentable.

Admiremos la gran prensa, esos portentosos rotativos que nos aportan diariamente noticias de todos los rincones del planeta: pero amemos también y respetemos a esos modestos periódicos provincianos que cumplen humildemente

y, a veces, a costa de grandes sacrificios, una misión santa: la de velar por los intereses comunes a cuantos vivimos, apartados de las grandes urbes, por estos rincones de la patria española.

En esta bella ciudad, entre moruna y manchega, en cuyas piedras venerables se lee un pasado glorioso, en esta noble Baeza, de vieja tradición intelectual. hacía falta un periódico y ustedes, mis queridos amigos, han sabido crearlo.

Mi más cordial enhorabuena en este aniversario y, con ella, la expresión de mi gratitud y de mi simpatía».

*Antonio Machado*

*Idea Nueva,* Baeza, 11-2-75: Página 9

## II

## *DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS*

«Los párvulos aguardábamos, jugando en el jardín de la *Institución,* al maestro querido. Cuando aparecía don Francisco corríamos a él con infantil algazara y lo llevábamos a volandas hasta la puerta de la clase. Hoy, al tener noticia de su muerte, he recordado al maestro de hace treinta años. Yo era entonces un niño; él tenía ya la barba y el cabello blancos.

En su clase de párvulos, como en su cátedra universitaria, don Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo ponían los niños o los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era socrático: el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos –de los hombres o de los niños– para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos. Muchos profesores piensan haber dicho bastante contra la enseñanza rutinaria y dogmática, recomendando a sus alumnos que no aprendan las palabras, sino los conceptos de textos o conferencias. Ignoran que hay muy poca diferencia entre aprender palabras y recitar conceptos. Son dos operaciones igualmente mecánicas. Lo que importa es aprender a pensar, a utilizar nuestro propios sesos para el uso a que están por

naturaleza destinados y a calcar fielmente la línea sinuosa y siempre original de nuestro propio sentir, a ser nosotros mismos, para poner mañana el sello de nuestra alma en nuestra obra.

Don Francisco Giner no creía que la ciencia es el fruto del árbol paradisíaco, el fruto colgado de una alta rama, maduro y dorado, en espera de una mano atrevida y codiciosa, sino una semilla que ha de germinar y florecer y madurar en las almas. Porque pensaba así hizo casi tantos maestros como discípulos tuvo.

Desdeñaba don Francisco Giner todo lo aparatoso, lo decorativo, lo solemne, lo ritual, el inerte y pintado caparazón que acompaña a las cosas del espíritu y que acaba siempre por ahogarlas. Cuando veía aprender en sus clases del doctorado –él tenía pupila de lince para conocer a las gentes– a esos estudiantones hueros, que van a las aulas sin vocación alguna, pero ávidos de obtener a fin de un año un papelito con una nota, para canjearlo más tarde por un diploma en papel vitela, sentía una profunda tristeza, una amargura que rara vez disimulaba. Llegaba hasta rogarles que se marchasen, que tomasen el programa A o el texto B para que, a fin de curso, el señor X los examinase. Sabido es que el maestro no examinaba nunca.

Era don Francisco Giner un hombre incapaz de mentir e incapaz de callar la verdad; pero su espíritu fino, delicado, no podía adoptar la forma tosca y violenta de la franqueza catalana, derivada necesariamente hacia la ironía, una ironía desconcertante y cáustica, con la cual no pretendía nunca herir o denigrar a su prójimo, sino mejorarle. Como todos los grandes andaluces, era don Francisco la viva antítesis del andaluz de pandereta, del andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena. Carecía de vanidades, pero no de orgullo; convencido de ser, desdeñaba el aparentar. Era sencillo, austero hasta la santidad, amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales. Era un místico, pero no contemplativo y extático, sino laborioso y activo. Tenía el alma fundadora de Teresa de Ávila y de Íñigo de Loyola; pero él se adueñaba de los espíritus por la libertad y por el amor. Toda la España viva, joven y fecunda acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquel alma tan fuerte y tan pura.

...Y hace unos días se nos marchó, no sabemos a dónde. Yo pienso que se fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muer-

tos y las sombras, los que viven la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente –perdonadme esta fe un tanto herética–, sin salvación posible, los malvados y los farsantes, esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cucañistas que se dicen políticos, los histriones de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos, y que muchos cuyas estatuas de bronce enmohece el tiempo, han muerto aquí y, probablemente, allá, aunque sus nombres se conserven escritos en pedestales marmóreos.

Bien harán, amigos y discípulos del maestro inmortal, en llevar su cuerpo a los montes del Guadarrama. Su cuerpo casto y noble merece bien el salmo del viento en los pinares, el olor de las hierbas montaraces, la gracia alada de las mariposas de oro que juegan con el sol entre los tomillos. Allí, bajo las estrellas, en el corazón de la tierra española reposarán un día los huesos del maestro. Su alma vendrá a nosotros en el sol matinal que alumbra a los talleres, las moradas del pensamiento y del trabajo».

*Antonio Machado*

*Idea Nueva,* Baeza, 23-2-1915

MANUEL URBANO PÉREZ ORTEGA

(*Boletín del Instituto de Estudios Giennenses,* XXII, 90, diciembre de 1976)